

que le devoraba aquí en la tierra! ¡cuán dulce es el saber, como sabemos, que las pobres almas que te invocan en sus miserias y trabajos de esta infeliz vida, no serán abandonadas por esa inagotable piedad, ahora mas enérgica y ardiente en medio de las dichas de la inmortalidad!

CAPÍTULO XXVII.

Como la amada santa Isabel aprendia con el maestro Conrado á quebrantar en todo su voluntad.

Melior est obedientia quam victima.

(1 Reg. xv, 22).

¡Ay de los que se desdennan de humillarse de voluntad con los pequeños: porque la puerta humilde y angosta del reino celestial no les permitira entrar!

(Imitacion, lib. III, cap. 58).

Al parecer, nada faltaba ya á Isabel para colocarse en el término de aquel camino, tan valerosamente emprendido y continuado por ella; camino del amor exclusivo de Dios y de sus hermanos en Dios, y del desprecio absoluto del mundo y de to-

dos los bienes mundanos. Y sin embargo, en este maravilloso camino de la perfeccion cristiana todavía quedaban temibles obstáculos que vencer, muchas y las mas dificiles victorias que alcanzar. Poco era haber vencido al mundo y cuantas cosas del mundo podian afectar su corazon: restaba alcanzar completa victoria sobre sí misma en el reducto mas inexpugnable de la debilidad humana, que es la voluntad. Por muy pura, ávida del cielo y totalmente desprendida de las cosas terrenas que esta voluntad se hallase, era preciso todavía que en nada ni por nada se elevara por sus propias fuerzas; sino que se doblara dócil y flexible á cada soplo de la voluntad divina cual espiga cargada de granos, hasta que llegara el momento de ser cortada para la eternidad por mano del Segador divino.

Maese Conrado de Marbourg, á quien el Papa habia especialmente encomendado la direccion de aquella preciosa alma, y que sabia apreciar, y poner en su punto, de cuanto era esta alma capaz tocante al amor divino, resolvió conducirla al término supremo de la perfeccion evangélica por una via que, en verdad sea dicho, ha de pare-

cer extraña y repugnante á los cristianos de nuestros días; pero que en aquella época de cándida simplicidad, de abandono absoluto, en la intencion al menos, á todo cuanto podia conducir al alma hácia Dios y encadenarla con él, no solamente no causaba admiracion y quejas, sino que parecia la cosa mas natural del mundo en fuerza de las ideas reinantes. No es esto intentar la justificacion y aplauso de todo cuanto vamos á referir sobre el modo de conducirse Conrado con su ilustre penitente; el ardor impetuoso de su celo, que al fin acabó por perderle ¹, pudo muchas veces llevarle mas allá de los límites de la moderacion cristiana. Pero, sobre que esta conducta de Conrado tiene en su apoyo multitud de ejemplos en todas las épocas cristianas y en la Regla de diferentes Órdenes de santidad renombrada, antes que exponernos á juzgar con temeridad á un hombre de esta clase, preferimos concretarnos simplemente

¹ Fue muerto en 1233 por unos caballeros á quienes habia injustamente castigado por herejes. El papa Gregorio IX no absolvió á los asesinos sino con condicion de una penitencia severísima. Tritemio afirma que miraban en Alemania á este hombre como un perseguidor y enemigo público. (*Chron. Mirsang.*)

te á hacer constar la sumision siempre tan entera de esta noble Princesa, cuya ambicion se cifraba en doblar la cerviz en todas las cosas al yugo del amor divino, y seguir las huellas de Aquel que por nosotros los hombres se hizo obediente hasta la muerte.

Resuelto maese Conrado á domar y anoadar en el alma de Isabel el único principio de complacencia humana que en ella le fuera dado descubrir, comenzó por atacar la voluntad de su penitente en lo que tenía de mas arraigado y legítimo, cual era el ejercicio de las obras de caridad, poniendo un freno, cruelísimo para la Duquesa, á aquella generosidad de que acabamos de ver tan brillantes pruebas; y al efecto le tasó las limosnas, prohibiéndole dar á cada pobre de una vez arriba de un dinero. No pudo resignarse Isabel con esta restriccion tan dura sin probarse antes á eludirla por medio de tortuosidades, en que el mandato no apareciese desobedecido por completo. Primeramente hizo acuñar dineros ó monedas menudas de plata del tamaño de las de cobre, pero cuyo valor era un *chelin* del país ¹; esta nueva moneda la repartia á

¹ Tal es á lo menos una muy general tradicion del país apoyada en el nombre que por muchos si-

manera de limosna ordinaria. En seguida, como los pobres, habituados á mayores larguezas, se quejaron de la inusitada parsimonia de sus dones, les decia ella: «Me «han prohibido daros de una vez mas de un «dinero, pero no el dárosle cuantas veces «volvais á pedirle de nuevo.» Fácil es discurrir si los pobres se descuidarian en hacer uso de tal expediente, y así es que, recibida la primera limosna, daban una ó dos vueltas al hospital, y se presentaban segunda vez por otro dinero; el cual recibido tambien, continuaba el paseo y el tornar á presentarse por limosna, que no les era nunca negada. Muy poca gracia hicieron á Conrado estas ingeniosas trazas de la caridad para eludir sus mandatos: antes bien, en cuanto llegaron á sus oidos y se aseguró del caso, se enfurecio contra la Duquesa y le dió de bofetadas; ultraje que la Santa aceptó con alegría, pues ya hacia tiempo que ansiaba ardentemente asociarse á las afrentas que el Salvador del mundo recibiera antes de morir por ella.

glos ha llevado cierta moneda de plata llamada *Elisabethen pfennige*, *Elisabethen heller*, que todavía se ve en diferentes colecciones numismáticas. (*Liebknecht*.).

Conrado le prohibió entonces absolutamente dar dinero á los pobres bajo ninguna forma, ni en cantidad alguna pequeña ó grande; únicamente le permitió dar limosna de pan. Como á pesar de todo encontrara modos de ser pródiga con los pobres, recibió del confesor un nuevo mandato para no dar panes enteros á ningun pobre, sino solamente rebanadas; y no contento todavía con esto, concluyó por prohibirle absolutamente dar limosna de ninguna especie, dejando reducida su caridad á ejercitarse en el cuidado de los enfermos y débiles, y aun esto con la limitacion, segun vimos, de abstenerse de toda relacion con los leprosos, por ser los predilectos de ella; de tal modo, que si alguna vez la compasion la hacia olvidar de estas rigurosas prescripciones y quebrantarlas, el confesor la castigaba severamente.

Fácil es figurarse el dolor de Isabel al verse así privada de una libertad que durante toda la vida le habia sido tan preciosa y tan necesaria; al verse detenida por esta terrible barrera levantada entre su afectuosa compasion y las miserias de los desgraciados. Empero no dejó de conocer la naturaleza y carácter del nuevo deber

que ocupaba el lugar de todos los demás deberes; bien comprendió que en pos de la total abnegacion de sí misma, á que por voto estaba obligada, debia venir tambien la total abnegacion de cuanto pudiera proporcionarle el menor consuelo humano; y en verdad que la limosna se los proporcionaba dulcísimos é inefables. Supo, pues, sacrificarse y someterse sin exhalar una queja, alcanzando en breve altísimos grados en esta ciencia suprema, que para el cristiano es la ciencia de la victoria ¹.

Nada encontraba fatigoso ni duro en tratándose de ajustar su voluntad á la del hombre que, para ella, representaba la voluntad de Dios en órden á su persona, segun se habia habituado á mirarle. No habia distancias ni obstáculos capaces de detenerla en cualquier hora y punto que aquel hombre la llamase para hacerla venir á su lado; y eso que él estaba muy lejos de gastar los miramientos que parecia propio guardar con el sexo, rango y juventud de la ilustre penitente; antes bien en cierto modo tenia formado empeño de ha-

¹ Fuit in omnibus obedientiae peritissima. (*Dict. IV Ancill.*). Vir obediens loquetur victoriam. (*Prov. XXI, 28*).

cerle dura y espinosa la carrera de la salvacion, á fin de que pudiera presentarse un día ante el Juez soberano mas llena y colmada de merecimientos. «Esto hacia con «ella el santo hombre, dice un escritor «francés, para mortificar su voluntad, y «que procurase ella enderezar todo su amor «á Dios, y echar en olvido completo su pasada grandeza. Y en todas cosas era ella «pronta á la obediencia, y firme en el sufrir; de suerte que poseyó su alma en la «paciencia, y ennoblecíó su victoria con la «obediencia.» Era, como se ve, esta obediencia tan pronta como completa, así en las cosas de poca monta, como en los preceptos mas graves. Hallándose cierto dia de camino para una ermita situada en las cercanías de Marbourg, recibió órden de Conrado para regresar sin demora; y ella lo hizo así, diciendo al mensajero con sonrisa: «Debemos imitar la prudencia del «racol que en tiempo de lluvia se mete «dentro de su cáscara: obedezcamos y «vamos por el mismo camino que trajimos ¹.» Confesaba ingénuamente Isabel

¹ Nos simus similes testudini quae tempore pluviae se retrahit in domum suam: sic nos obediamus, retrahamus nos à via qua ire coeperamus. (*Declaracion de Irmengarda.—Rutebeuf. pág. 39*).

el temor que su director le inspiraba, no como tal, sino como lugarteniente de Dios para con ella, y así decia á las compañeras: «Si tanto temor tengo á un simple mortal, ¡cuánto mas debe temerse á Dios, señor y juez de todos los mortales!» Por lo demás, este temor era enteramente espiritual; pues si ella habia abdicado su voluntad en manos de Conrado, principalmente lo hizo por verle pobre y desnudo de toda grandeza humana, segun queria serlo tambien ella misma: «Escogí, decia, la vida de las hermanas pobres, por ser la mas abyecta de todas; á serme conocida otra que lo fuese mas, esa hubiera preferido. Pude hacer voto de obediencia á un obispo ó á un abad rico; preferí á maese Conrado, porque es hombre que nada tiene ni posee, está reducido á la mendicidad y privado, como yo, de todo recurso humano ¹.» Continuaba maese Conrado en hacer uso sin misericordia del discrecional poder que ejercia sobre su

¹ Vita sororum despectissima est, et si esset vita despectior, illam elegissem. Fecissem quidem unius episcoporum aut abbatum qui possessiones habent obedientiam, sed cogitabam melius facere mag. Conrado qui non habet, sed omnino mendicans, ut pe-

penitente. Hallándose en el convento de Altenberg, residencia de Gertrudis, hija de la Santa, le vino al pensamiento hacer entrar tambien allí á la madre, y al efecto la mandó á buscar á Marbourg para tratar juntos del caso. Vino allá la Santa, y las monjas pidieron á Conrado el permiso para que entrara en el claustro á fin de verla mas á su sabor. Conrado, para probarla, y despues de haberla advertido de la excomunion en que incurrian, sin distincion de sexo, las personas que penetraban en la clausura, dijo: «¡Que entre si quiere!» Isabel entendiendo esto como una autorizacion, entró en el recinto vedado del claustro. Conrado la hizo salir al punto; y poniéndole delante el libro donde ella habia escrito de su puño y letra el juramento de obedecerle en todo, mandó á un monje que traia consigo, que por via de penitencia aplicase á la Duquesa y á su doncella Irmengarda cierto número de golpes con un lar-

nitus in hac vita nullam habere consolationem. (*Ibid.*). Hay que tener presente que esta pobreza absoluta de Conrado era enteramente voluntaria: no pertenecia á ninguna Orden mendicante, y además tenia á su disposicion todos los beneficios eclesiásticos de la Turingia.

go y fuerte palo que por allí había ¹: mientras la ejecucion de este castigo Conrado cantaba el *Miserere*. Sufrió la Duquesa sin quejarse y con sobrenatural conformidad castigo tan humillante y duro por tan liviano delito; y como algun tiempo despues hiciera conversacion de esto con Irmengarda, quien por causa suya, si bien involuntaria, habia participado de aquel duro vapuleo, le dijo: «Hay que llevar con paciencia tales castigos; pues en esto nos sucede lo que á las cañas que crecen en las orillas de los rios; cuando el rio sale de madre la caña se inclina y se dobla, y el agua pasa por encima de ella sin quebrarla; antes bien, vueltas las aguas á su cauce, la caña se alza de nuevo enhiesta y lozana, y gozando de nueva vida. Del propio modo nosotras ganamos en ser á veces humilladas y doblegadas contra la tierra, para luego enderezarnos con alegría

¹ Ut bene verberaret eas cum quadam virga grossa satis longa. (*Ibid.*). Refiere Irmengarda al mismo tiempo, como tres semanas despues de esto aun tenia las señales de los palos, y que á santa Isabel debieron dudarle aun mas tiempo, por haber sido azotada con mas fuerza. (*Declaracion de Irmengarda*).

«y confianza ¹.» Otra vez, segun una tradicion menos acreditada ², Conrado predicó sobre la Pasion con objeto de que Isabel pudiera ganar, asistiendo al sermon, la indulgencia concedida á los que oyeran la palabra de Dios de boca del Comisario apostólico. Distraida con el cuidado de dos enfermos recién llegados, la Duquesa no acudió al sermon; y concluido éste, envió Conrado á llamarla, y le preguntó dónde habia estado mientras tanto, y por qué no viniera á oírle predicar; y sin aguardar respuesta, arremetió con ella y le dió muchos y fuertes golpes, diciendo: «Esto es para que aprendais otra vez á venir mas puntual cuando yo os llame.» Á estos golpes

¹ Oportet talia sustinere libenter, quia sicut de nobis ut de gramine quod crescit in flumine: fluvio inundante gramen inclinatur et deprimitur, et sine laesione ipsius aqua inundans pertransit. Inundatione cessante gramen erigitur, et crecit in vigore suo iucunde et delectabiliter. Sic nos quandoque oportet inclinari, humiliari, et postmodum iucunde et delectabiliter erigi. (*Ibid.*).

² Este rasgo que voy á referir no lo traen las declaraciones de las cuatro doncellas ni las demás historias contemporáneas, sino la leyenda del *Passional*. Acaso será una version exagerada de los hechos precedentes; pero no he creído deber omitirla, sea como quiera.

correspondió la Duquesa con una angelical sonrisa, y aun trató de justificarse y excusar su falta; pero Conrado volvió á sacudirla de nuevo hasta que le sacó sangre. Levantando ella entonces los ojos al cielo y manteniéndolos así fijos un buen rato, exclamó: «¡Bendito seais, Dios mio, que «me habeis escogido para estas cosas!» Habiendo acudido sus doncellas á consolarla, y preguntándole por aquella sangre que tenía sus vestidos, y cómo habia podido sufrir golpes tan grandes y duros, la Santa respondió con la sonrisa en los labios: «El haberlo soportado con paciencia «me valió el que Dios me haya permitido «ver á Cristo en medio de sus Ángeles; pues «los golpes de Conrado me arrebataron «hasta el tercer cielo. — En tal caso, siento «en el alma, y me dolerá mientras viva, el «no haberla enviado hasta el noveno,» dijo Conrado cuando le refirieron esta respuesta de la Santa.

Digámoslo otra vez: en vano se querrá formar juicio acerca de tales escenas con las ideas de nuestro tiempo. No en todas las épocas de la Iglesia son unos mismos los hábitos de la vida ascética, ni las costumbres cristianas: pero ni los unos ni las

otras podrán en ninguna ser objeto del desden ó desprecio de las almas piadosas y sencillas, pues en todas han proporcionado victorias inmortales, y la conquista de una gloria santa y pura á la caridad, á la humildad y á la abnegacion propia.

Mientras el supremo Juez pesaba en su eterna balanza esta severidad de su ministro y esta invencible paciencia de su humilde esposa, tuvieron hombres profanos la osadía sacrilega de buscar en estas relaciones de la Santa y su confesor un alimento á la malignidad y maledicencia, preparando así á Isabel un nuevo sacrificio que añadir á los que ya podia ofrecer á su celestial Esposo. Tras de haberla desacreditado como pródiga y loca, haciendo correr por todas partes la voz de que habia perdido completamente el juicio, trataron tambien de deshonrarla con infames sospechas é insolentes propósitos acerca de la naturaleza de sus relaciones con maese Conrado. En alta voz decian que este sacerdote habia seducido á la jóven viuda del duque Luis, y que el haberla él transportado á su pais, era con objeto de gozar de ella con sus riquezas y dote. Podia dar una sombra de pretexto á tales calumnias